

Comentario de película / Film Review

Historia negra de EEUU en *El vicio del poder*. Adam McKay¹, Estados Unidos, 2018, 132 min.

Por Igor Barrenetxea Marañón
(Universidad Internacional de La Rioja)



Por el estilo, el humor y la manera en la que se describe lo que se nos narra, seguro que el polémico director Michael Moore (con sus soberbios trabajos *Bowling for Columbine* o *Fahrenheit 11/9*) estaría gustoso de arrogarse la autoría de este biopic tan poco al uso del que fuera todopoderoso vicepresidente de los EEUU, Dick Cheney. A medida que la cámara nos va adentrando más y más en este personaje, más nos damos cuenta de que nos hemos olvidado por completo del actor que lo encarna, un magnífico Christian Bale, perfectamente caracterizado para la ocasión, para convertirse en el hombre de carne y hueso. McKay sabe sostener, a pesar del uso reiterado de la voz en off, un aire fresco e irónico, que denuncia, ante todo, los anhelos y ambiciones de ciertos individuos que viven por y para exclusivamente el *vicio del poder*.

Nos narra como Cheney, sin afiliaciones políticas iniciales ni ideales, fue capaz de ostentar un control casi absoluto del Gobierno de los EEUU, pasándose por el forro los mecanismos de con-

trol de la democracia. McKay nos inicia en un viaje que comienza allá en los años 60 cuando un joven Cheney abandona su descarriada vida, expulsado de Yale por sus borracheras y peleas, para adentrarse en la vida política en Washington. Y donde hay un gran hombre hay detrás una gran mujer y ahí está Lynne, interpretada por una estupenda Amy Adams, quien le acompañará en este viaje vital y será artífice, así mismo, de muchos de sus éxitos, desde su redención juvenil hasta su elección como congresista por Wisconsin. Cheney fue algo así como la eminencia gris del partido republicano, gracias a su habilidad de pasar desapercibido pero contar con buenos aliados, como Donald Rumsfeld (Steve Carell), en sus inicios, y finalmente otros colaboradores que le ayudarían en lograr sus propósitos de vigilancia, manipulación de la opinión pública y *retorcer* las leyes en beneficio del Ejecutivo.

En los años 70 se convertiría en el más joven jefe de Gabinete de Nixon, aunque, tras el escándalo del Watergate y la derrota republicana en las elecciones, tuviera que plegar alas y buscarse la vida en el sector empresarial (una historia paralela de la que se nos cuenta poco). Hasta que, finalmente, sus ambiciones personales, tras la presidencia de Reagan y Bush padre, de llegar a la Casa Blanca y convertirse en presidente se ven truncadas por el hecho de que tuviera una hija lesbiana y, por lo tanto, ser un blanco fácil para sus enemigos. Ahí aparece el hombre de carne y hueso, la persona tras la máscara, que no es capaz de hacer daño a su hija (al menos, en esa época).

También se nos muestran sus graves problemas de salud y el punto de vista elegido para hacerlo es muy original, ya que una parte de la historia nos la cuenta, precisamente, el hombre que a la postre le salvaría la vida, al morir en un accidente, y logrando así el corazón que tanto necesitaba. Ya reza el dicho, mala hierba nunca muere. Sin embargo, el punto culminante de su carrera fue al servicio de George W. Bush, junior, un asombrosamente bien caracterizado Sam Rockwell, al serle ofrecida la vicepresidencia del país. A partir

¹ EEUU, 2018. Título original: Vice. Gary Sanchez Productions / Plan B Entertainment / Annapurna Pictures. Distribuida por Annapurna Pictures. Dirección: Adam McKay. Guión: Adam McKay. Música: Nicholas Britell. Fotografía: Greig Fraser. Actores: Christian Bale, Amy Adams, Steve Carell, Sam Rockwell, Jesse Plemons, Eddie Marsan, Alison Pill, Stefania Owen y Jillian Armenante. Duración: 132 min.

de aquí es cuando revela su talento como auténtico *tiburón* de la alta política, convirtiendo a la figura decorativa del vicepresidente en verdadero centro de decisiones, interpretando la ley a su gusto y convirtiendo a la Casa Blanca en un poder casi ilimitado. La escena en la que Cheney junto a su equipo pide la carta en un restaurante, y el camarero les va recitando las leyes restrictivas que les dotan de más poder y control social, es una de las más logradas, convirtiéndose en una alegoría perfecta de cómo se cocina y se utiliza la legislación para coartar las libertades. Otro momento crucial de su carrera fue, sin duda, el atentado del 11-S. Aquel hecho fue justo el conflicto que necesitaba para reforzar más su poder, mostrándose a Bush como un hombre de paja, plegado por entero a su voluntad y deseos.

Claro que como la guerra contra una organización invisible como Al-Qaeda no era entendida por el gran público, se reorientó toda la atención hacia Irak. Y para acabar de convencer a los ciudadanos de la necesidad de emprender una guerra en el otro extremo del mundo, *utilizaría* al prestigioso general Colin Powell (héroe de la Tormenta del Desierto), para presentar pruebas falsas sobre la vinculación de Al-Qaeda y Sadam Hussein. Los republicanos ya habían constituido sus propios medios de comunicación afines, que utilizaron de forma perversa para granjearse el favor de la opinión pública. Incluso, muy revelador para la actualidad, fueron los intentos de querer ligar a Hussein con el 11-S (cuando nada tenía que ver), al que se le relacionó, por entonces, con la figura completamente desconocida de Al-Zarqawi. Este acabaría rompiendo con Bin Laden y constituyendo el ISIS. El hecho de que EEUU lo nombrara como enemigo le concedió una publicidad gratuita entre los sectores integristas más radicales, que le ayudaron a ganarse adeptos y acabar conquistando el denominado Estado Islámico entre Siria e Irak.

No hay lugar a dudas de que el cine norteamericano ha constituido vehículos de propaganda patriótica muy logrados, pero también ha sabido servirse del séptimo arte para ser muy autocrítico con sus propios poderes, ya desde la mítica *Ciudadano Kane* (1941), *Tempestad sobre Washington* (1962), pasando por *Todos los hombres del presidente* (1976), hasta llegar a las más recientes como *La cortina de humo* (1997), *Primary Colors* (1998), *Silver City* (2004), *Los idus de marzo* (2011) y, sin duda alguna, entre las destacables se halla *El vicio del poder* (2018). McKay ha sabido utilizar con mucha inteligencia y valentía

todos los ingredientes del arte cinematográfico, pues el filme no deja de ser un falso documental (utiliza imágenes de archivo), un reportaje y un biopic, todo ello aderezado por hipótesis, interpretaciones subjetivas y sugerentes, en un tono de farsa y comedia aguda y punzante. Sin duda, nos encontramos ante una soberbia diatriba contra el poder y sus demiurgos, en este caso, uno llamado Dick Cheney.